

De cómo la plata lloró por ella

Perseguida por quienes juraron protegerla, Diana huía lejos del lugar que alguna vez fue su hogar, despojada de todos los bienes que su condición de reina le había ofrecido durante toda su vida. Los llantos del retoño entre sus brazos perturbaban la tranquilidad de la noche, mientras que los suyos, aunque silenciosos, la impedían ver con claridad. Sus pies descalzos sangraban por las heridas y sus piernas temblorosas por el cansancio se rindieron en el suelo a pocos metros de un arroyo.

Miró a su pequeño, frágil, indefenso, que la miraba sin entender. Temió por instantes que sus brazos lo dejaran caer al suelo y su pequeña frente de porcelana se quebrara en pedazos que un beso de madre no pudiera reparar. Lo juntó a su pecho buscando guardarle del frío, dejando así que sus latidos junto con sus movimientos, que lo mecían con cautela, lograran acallar las quejas del pequeño, quien cayó rendido ante el cansancio.

Diana alzó el rostro. La luna le iluminó los labios. Estos, entreabiertos, murmuraban en voz baja algo similar a un rezo. Respiró hondo, tragó saliva y le preguntó: «¿Por qué?» No llegaba a comprender qué pecado había cometido, en esta vida u otras anteriores, que fuera merecedor de un castigo semejante. Él, su amado, colgado como un perro y ellos dos pasando hambre, frío y sin camino que seguir u hogar al que regresar. La culpa le ahogaba. Lo habían dejado atrás, a él. A un hombre que no sólo prometió dar la vida por ellos, sino que, como un dios aferrado a su destino, tomó su palabra por ley y cuando tuvo que decidir entre su vida y la de su familia no titubeó y se dejó atrapar para que ellos escaparan.

Llena de pena se martirizaba, comenzó a creer que la rebelión, en el fondo, había sido culpa suya. Se vió como una tirana, una déspota, la única culpable de la situación. Con impotencia se mordió el labio evitando así que un sollozo o sonido infortunio que saliera por su boca despertara a su bebé.

De tanto llorar sus ojos se secaron, incapaces de soltar más lágrimas. La luna se compadeció de su dolor, harta de ver el sufrimiento de aquella inocente decidió confesar. Sus manos pálidas acunaron el rostro de la mujer y con voz dulce le dio la más amarga revelación: «Hija mía, unas voces estuvieron rodando durante días por tu reino. Un avaro, repleto de codicia y con una manipulación innata anhelaba vuestro

trono y riquezas. A la vista está que no fueron de su importancia los medios con tal de conseguirlo. Su labia de serpiente logró poner a todos los habitantes en vuestra contra. Con mentiras y promesas lo alzaron cual líder y si todo sigue así pronto lo nombrarán rey para sustituir al que de ahora eres viuda»

Diana no podía creerla, no quería hacerlo. Su respiración de manera incontrolable se aceleraba por momentos. Sus rezos se volvieron maldiciones y su pena se transformó en cólera. Se encontraba tan envenenada por la ira que incluso se maldijo a sí misma por haber sentido algo de lástima por cualquiera de ellos. Se secó los restos de lágrimas que quedaban por su rostro. Con una expresión seria y un tono firme, se pronunció ante la luna y juró venganza. Se volvió a poner en pie, ignorando sus piernas afligidas por no dejar de correr durante kilómetros, y continuó caminando, sin rumbo, pero ahora con un destino claro.